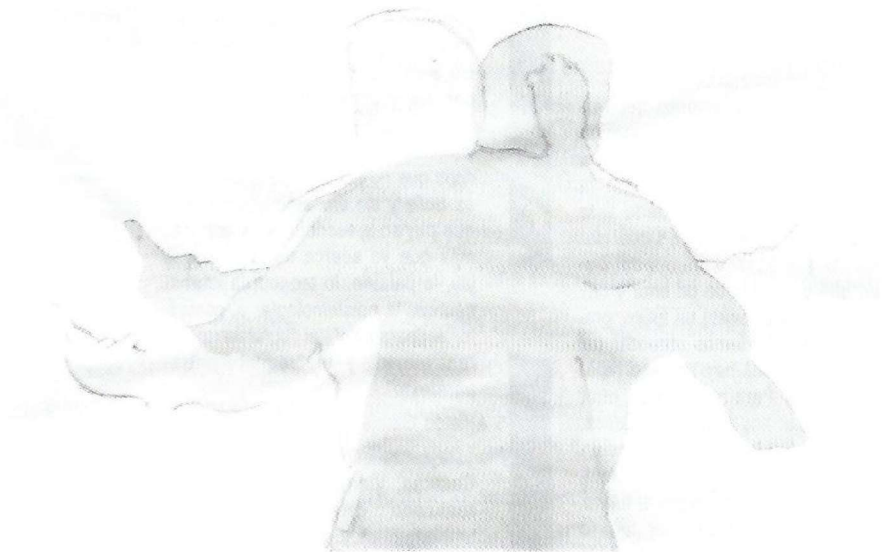


Comentarios acerca de un artículo del profesor Arnaldo García Guinand, intitulado “Solle”

14



Gustavo A. Yepes Londoño



Es indefendible el acartonamiento y la falta de inteligencia que denotan ciertas políticas y normas universitarias estrechas (que no necesariamente estrictas) sobre muchos aspectos y, señaladamente, sobre las condiciones para que la producción investigativa sea aceptada formalmente como proceso y como nuevo conocimiento. Basta con mirar las numerosas normas, formularios, requisitos y condiciones impuestas a los investigadores, a la formulación misma del proyecto, a los protocolos colaterales o derivados de seguimiento del proceso y al informe final, por parte de agencias, empresas y universidades u otros tipos cualesquiera de posibles aportantes de fondos para la investigación. Sigo pensando y defendiendo que lo esencial de un proceso investigativo radica, simple, llana y exclusivamente, en:

- a) Que sea informado ante la comunidad académica pertinente o pares.
- b) Que tenga una formulación tal que permita la *falsación* y
- c) Que aguante incólume los intentos de dichos pares por demostrarla falsa.

Todo lo demás puede ser índice, indicativo, indicio de posibilidades de éxito, pero no es esencial. Hablo de la investigación, porque no tengo dudas de que en ella se halla el objeto mismo de existencia de una Universidad: buscar el conocimiento con espíritu siempre crítico y autocrítico, enseñar a los estudiantes a lograrlo y promover la mayor divulgación posible de los nuevos hallazgos en todas las áreas y subáreas del conocimiento humano.

Habida cuenta de tal opinión, se acometió la lectura del artículo con ánimo dispuesto y desprevenido. Lo primero que llama la atención es el nombre del conjunto (“Solle”). Ya que se trata de un informe académico, se supone que el lenguaje es el ensayístico o científico, en donde, en principio, no cabrían palabras tomadas del lenguaje pragmático o *de la calle*. Podría contraargumentarse que se trata de un nombre propio, pero aún así, no parece apropiado para un conjunto musical de un medio académico. Pero pa-

semos a otra cosa, en vista de que parece algo tarde para proponer el cambio de nombre. Un informe sobre una experiencia dentro de la Academia no suele hacerse en primera persona del singular, ya que hay que estar y parecer distante y objetivo en la formulación de juicios acerca de la experiencia que se comenta, aún si propia.

Ahora bien, una experiencia musical como la del conjunto *Solle* podría ser asumida en forma profesional por percusionistas y sería comparable a lo que, precisamente, hacen *Les Luthiers*, todos músicos formados. En el caso presente, empero, se ha asumido como lúdica y creativa colectiva básica (“una orquesta prehistórica en trance”, citamos del texto del artículo) y es pertinente como actividad de extensión, como medio de iniciación en la música o como experiencia de participación de no músicos en la ejecución musical. A propósito de lo que se dice en el primer párrafo de la página 5, en donde se descalifica el vocablo *ejecución* como aplicable a la música, hay que recordar que tal palabra tiene dos sentidos o acepciones, perfectamente diferenciables por el contexto. Una cosa es decir que un condenado a muerte fue *ejecutado* y una muy otra, que un diseño arquitectónico, por ejemplo, fue *ejecutado* por los ingenieros, es decir, que éstos dirigieron a los obreros para lograr la construcción del edificio según los planos. Cuando, en lenguaje puramente coloquial, decimos, con sorna, que una obra musical que ha sido mal vertida —debido a deficientes criterios interpretativos o a problemas técnicos— fue *ejecutada*, estamos aplicando al vocablo, acientíficamente, el sentido de *dar muerte*, lo que podría tomarse como un comentario humorístico o irónico, como un buen apunte, pero jamás como un aserto serio y objetivo.

Si el Departamento o Instituto de Matemáticas ofreciera a los estudiantes de la Facultad de Artes un curso de álgebra o de cálculo básico, con el fin de que pudieran acercarse a la comprensión de la estadística o de algunos hechos físicos que tengan que ver con el color o con el sonido, por ejemplo, tendrían que ha-

cerlo en forma lúdica primaria, con conceptos relativamente elementales y en niveles de abstracción mucho menos elevados que los que suelen aplicar dentro de su propia unidad académica y seguramente no aceptarían que un estudiante del programa de matemáticas tomara ese curso como parte de su plan curricular. Se trataría entonces de una labor transdisciplinaria en una materia *de servicio* o *de contexto* que, desde luego y entendida así, es perfectamente válida y frecuentemente necesaria en una universidad.

Hay que aceptar que la academia, desde la educación básica infantil hasta los niveles superiores, ha adolecido tradicionalmente y no sólo entre nosotros ni sólo en la música, de falta de amor, de fruición, de alegría, en el proceso de aprender sobre la cultura universal y las regionales o nacionales. Los factores que influían en ello eran, entre otros, la continuación o transmisión de métodos y didácticas, de generación en generación, que no incluían el amor por el conocimiento; la creencia de que “la letra con sangre entra”, es decir que el aprendizaje y, muy especialmente, la adquisición de destrezas, tan necesarias en lo instrumental en la música, se logran con dolor, con disciplina no esforzada sino forzada; y la carencia de espíritu investigativo o curiosidad permanente, que hacen placenteros, no sólo el descubrimiento, sino también la previa presentación misma del problema por resolver. Los buenos docentes han empezado, afortunadamente, a cambiar sus criterios sobre su relación y su papel con los estudiantes y con el desarrollo de sus asignaturas, aunque no todavía en todas las disciplinas entre nosotros. La experiencia del conjunto *Solle* ha sido, según se describe en el Artículo, placentera y constructiva para sus miembros, pero lo mismo puede lograrse, con dedicación e inteligencia, en cualquiera de las materias del currículo universitario de música, sean ellas teóricas, prácticas o mixtas. En Francia se decía *jouer le piano* y en España, *tocar el piano*, pero igualmente sufrían unos y otros por la manera tediosa y punitiva con que

los viejos profesores asumían su dictatorial papel en todos los viejos conservatorios. Al fin y al cabo, la sola palabra *jugar* no lograba, por sí sola, transformar las viejas maneras y percepciones. Por otra parte, lo lúdico se refiere al juego, es decir, a la invención de un mundo aparte con sus propias reglas, en el cual nos aislamos para escaparnos del mundo llamado *real*; y ese juego puede ser tan abigarrado, extrovertido y ruidoso como el de unos niños que juegan con un balón, o tan serio, callado y quieto como el de dos maduros maestros enfrascados en una partida de ajedrez. De la misma manera, es tan lúdica la música dionisíaca como la apolínea, “La consagración de la primavera” como “El arte de la fuga”.

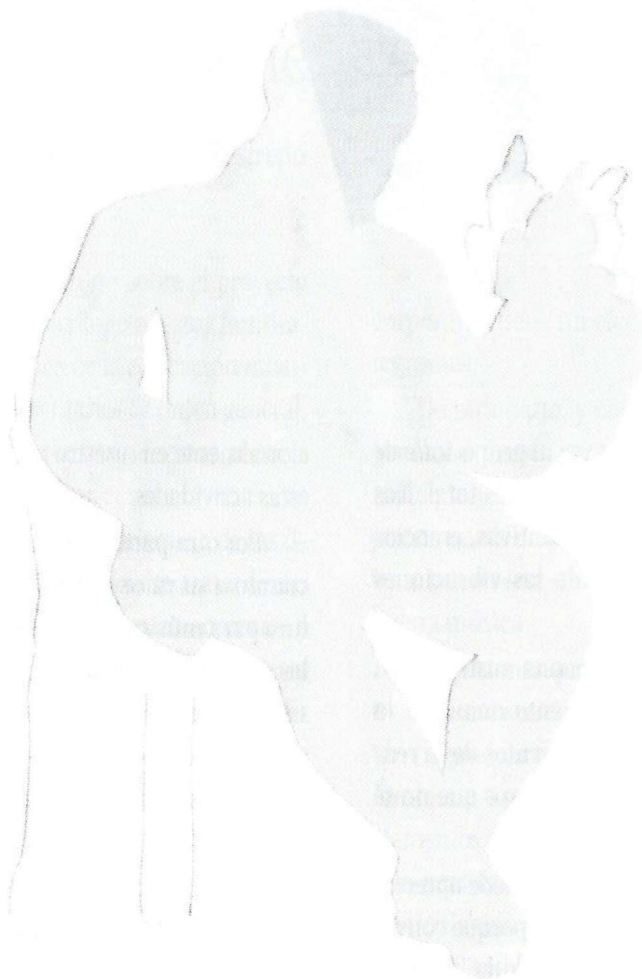
“La Academia se limita a preparar músicos para actividades de concierto o docencia institucional... esta situación ha creado un conflicto...”; “...les menciono el conflicto en el arte como una de sus mayores fuentes creativas...”. Según las dos citas anteriores, el conflicto es bueno. Claro que sí: el conflicto genera movimiento y el movimiento es vida, interés y ritmo; por tanto, es esencial en las artes, las ciencias y las tecnologías, y la música no es la excepción. Pero refirámonos a la cita con que comienza este párrafo: la academia no prepara a sus futuros egresados para actividades de concierto, de hospital, de bufete, de oficina, de docencia, de estadio o de obras públicas. Los prepara —así se supone que es— para que estén en las mejores condiciones posibles para la resolución de los problemas que el estado más avanzado de su campo disciplinario les pueda presentar (después de los postgrados, al menos), en cualquier sitio o situación, laboral o no, en que así se requiera.

“En *Solle*, seguimos la premisa de que todos los seres humanos tenemos derecho a hacer música dentro del nivel que permita nuestro talento y, sobre todo, nuestro nivel de compromiso. Por ello queremos desmitificar el concepto imperante durante el siglo XIX, de acuerdo con el cual el quehacer musical es para unos pocos ‘elegidos’, pues este concepto antiguo tiende a segregar a las personas cuando las clasi-

fica arbitrariamente en rítmicas y arrítmicas, en sordas y 'con oído', en sueltas y tiesas, en viejas y jóvenes, desconociendo que todas las personas (incluso las sordas, a través del tacto) tienen la posibilidad de acceder a la música en sus diferentes niveles e intereses, en cualquier momento de sus vidas". Es indiscutible que todo ser humano tiene el derecho a acceder a toda la educación, incluida, desde luego, la musical. Sin embargo, la porción superior de la educación está compuesta de tantos campos y subcampos de conocimiento, que es imposible que persona alguna pueda hodiernamente abarcarlos todos; la competencia en cada uno de ellos es tan dura y es tan determinante para el desempeño profesional, disciplinario y laboral (y, consiguientemente, para la supervivencia misma de cada uno y de su familia), que no vale la pena estudiar química si no

tengo las condiciones físicas e intelectuales ideales para desempeñarme en ella; en esto, la música tampoco es la excepción: no necesito condiciones especiales para poder disfrutar de las vivencias que debería traer consigo la educación musical infantil o juvenil; pero sí para poder llegar a ser un músico profesional académico. No sobra añadir que, para poder disfrutar de experiencias como las que depara *Solle*, no es necesario ni pertinente estudiar académicamente la música en la universidad.

Hay muchas otras afirmaciones gratuitas, aceptables o rebatibles, en el artículo de marras, pero creo que con lo ya dicho es suficiente.





Solle

Jorge López Ortiz

Cuando se oye por primera vez al grupo *Solle* de la universidad de Antioquia el impacto es total. Nos inunda de sensaciones visuales, auditivas, emocionales y hasta táctiles a causa de las vibraciones percutidas sobre nuestra piel.

Detrás de todo hay también una sustentación desde las matemáticas, el pensamiento científico, la contemporaneidad, el arte con elementos de la realidad, en fin, un sinnúmero de discursos que no se agotarían.

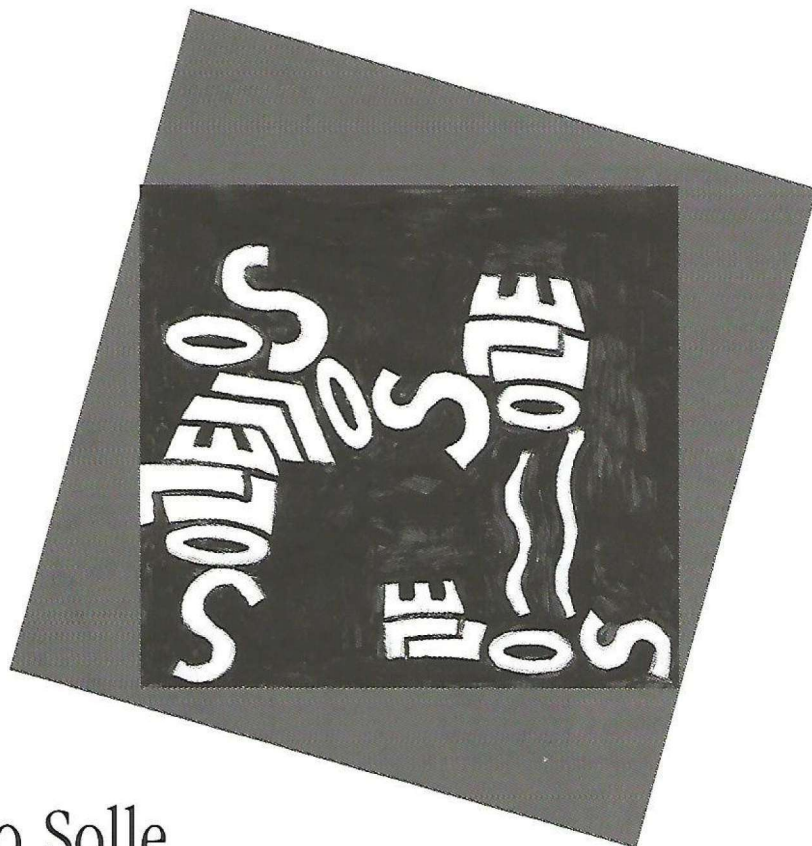
Lo más valioso de este trabajo se puede apreciar en su labor social e interdisciplinaria, porque convoca y llama la atención de estudiantes de distintas facultades y lo mejor es que se gana el interés de ingenieros, y matemáticos, por ejemplo, que tradi-

cionalmente en nuestro medio no han sido afectos a estas actividades.

Por otra parte, se percibe una faceta positiva en cuanto a su valor pedagógico, porque como asignatura para músicos instrumentistas llena faltantes en las áreas de expresión y motricidad gruesa, tan necesarias en un arte representativo. Entonces, *Solle* cumple su cometido principalmente en su función social y pedagógica.

Como obra de arte para ser representada, *Solle* no reclama una segunda vez, porque sus materiales, forma y contenido, a pesar de sus buscadas variaciones, se agotan rápidamente en una primera presentación.





Sobre el proyecto Solle

Darío Valencia Restrepo

Se me ha pedido una opinión sobre el proyecto Solle, pero como no soy musicólogo ni estoy familiarizado con la teoría y práctica de la educación musical, me limitaré a unos comentarios de orden general, pues corresponde a los especialistas efectuar análisis más de fondo.

En primer lugar, desearía destacar una de las finalidades del proyecto en cuestión: se trata de un camino alternativo y experimental para acercarse y familiarizarse con la música, para iniciarse en ésta de una manera diferente a la impuesta por la tradición. En efecto, los primeros pasos de los jóvenes vinculados al proyecto los conducirán a aprender otros aspectos también fundamentales de la formación musical.

Pero al mismo tiempo debe reconocerse que Solle es en sí mismo una modalidad de comunicación con el público que integra con acierto diversas formas de expresión, favorece la coordinación y el desarrollo

corporal, y tiene un efecto catárquico sobre sus integrantes.

De otra parte, y con respecto al público, por lo general expuesto a composiciones de baja calidad en radio y televisión, el contacto con esta novedosa propuesta puede despertarle una sensibilidad que lo lleve a interesarse e indagar por manifestaciones de buena música.

Por razones que no es del caso analizar aquí, los métodos convencionales de la educación musical están llegando a mínimos sectores de la población colombiana. La opción que ofrece Solle, basada en dos elementos esenciales de la música como son el ritmo y la percusión, al igual que en la coreografía y la gesticulación, recibe una atención inmediata por parte del público y atrae con facilidad nuevos integrantes para el grupo, seguramente por el carácter ancestral y vigente de los aspectos mencionados.

El proyecto tiene antecedentes en el ámbito internacional, entre los cuales es preciso mencionar el correspondiente al grupo inglés Stomp, de extraordinaria acogida en diversos teatros del mundo y aun en el cine. Pero Solle, mediante la orientación de su fundador y director, y con ayuda de la creación colectiva y la disciplina de sus integrantes, ha trascendido los fundamentos de aquel grupo al incorporar en forma decidida otros componentes musicales centrados en arreglos y fusiones de composiciones clásicas y colombianas.

En segundo lugar, deseo destacar dos atributos de la experiencia que se comenta, relacionados con el trabajo en grupo y la acción interdisciplinaria, atributos ambos con referencia a los cuales mucho se predica pero que poco se

practican, y decisivos ambos para casi cualquier emprendimiento. A propósito, he podido seguir de cerca el desarrollo de *l' esprit de corps* entre los integrantes de Solle, así como la transformación de sus vidas mediante la autoestima y el crecimiento espiritual. También debe mencionarse la potencialidad social del proyecto para mostrar caminos de esperanza y superación a comunidades menos favorecidas, tal como lo muestran algunas acciones desarrolladas en Medellín y Bogotá.

Es muy dicente que la Universidad de Antioquia y la Universidad Nacional de Colombia —Sede Medellín— hayan abierto, así sea con limitaciones,

un espacio para esta nueva y heterodoxa actividad. Ello es digno de destacarse por el carácter tan conservador de nuestras instituciones de educación superior. Como bien se sabe, son ellas muy renuentes al cambio de contenidos y, sobre todo, al cambio de métodos de trabajo y de enseñanza. Pero la universidad tiene que ser, por excelencia, un escenario para la

experimentación y la confrontación. Y se sabe que para dar oportunidad a nuevas tendencias tiene mecanismos apropiados, como las actividades extracurriculares y las asignaturas electivas u opcionales.

Para terminar, debe destacarse que el proyecto Solle es ante todo un trabajo experimental que merece ser apoyado y que

es deber de los conocedores hacerle una rigurosa evaluación, de cuyo resultado se desprenderá la decisión de conceder o no a aquél espacios más formales de participación en la vida académica. Pero no es procedente aventurar calificaciones o descalificaciones de fondo sin que se dé un conocimiento serio del proyecto y se lleve a cabo dicha evaluación.



Ilustraciones: Raúl Hoyos Usuga, estudiante de la Facultad de Artes de la Universidad de Antioquia.